

Te suplico, ¡oh divino Esposo mío!, que Tú mismo seas el Reparador de mi alma, que obres en mí sin hacer caso de mis resistencias; en una palabra, no quiero tener más voluntad que la tuya, y mañana, con la ayuda de tu gracia, volveré a empezar una vida nueva, cada uno de cuyos instantes será un acto de amor y de renuncia...».

Conclusión.

El Padre Eugenio María del Niño Jesús, gran conocedor de la doctrina de Santa Teresita del Niño Jesús, decía:

«El Espíritu Santo coloca un guía en cada etapa importante de la historia, y da a cada civilización que se levanta un maestro encargado de dispensarle su luz. En los umbrales de este mundo nuevo que se anuncia, Dios colocó a Teresa del Niño Jesús... ¿Estaremos siendo profeta al expresar nuestra convicción de que Teresa del Niño Jesús será, o mejor dicho, se encuentra ya, entre los grandes maestros espirituales de la Iglesia?»

El mal de este mundo nuevo era, a no dudarlo, el orgullo generalizado. Para combatirlo, el Espíritu Santo sugirió a Santa Teresita una espiritualidad de humildad, su «camino de infancia espiritual». Ser niño, cultivar con esmero en sí el sentimiento de la propia pequeñez y de la debilidad confiada, gozarse de la propia pobreza, exponerla ante Dios como un llamamiento a su misericordia, comportarse en el plan sobrenatural como lo hace un niño en el plan natural, esa sería la actitud más indicada para atraer sobre sí la mirada de Dios y la plenitud de su amor transformante y consumidor.

Este es el caminito nuevo revelado a Teresita: «Te glorifico, Padre, porque has revelado estas cosas a los pequeñuelos, y las has escondido a los sabios». Y le fue revelado también que este caminito sería seguido «por un gran número de almas pequeñas, por una legión de pequeñas víctimas dignas de tu amor...» (Manuscrito B, 5 vº). Seamos nosotros de este número.

Para amar a Jesús, para ser su víctima de amor, cuanto más débil se es, sin deseos ni virtudes, tanto más cerca se está de las operaciones de este Amor consumidor y transformante.

El solo deseo de ser víctima basta, pero es necesario consentir en permanecer siempre pobres y sin fuerzas, y he aquí lo difícil, pues "al verdadero pobre de espíritu, ¿dónde se lo hallará?"

Santa Teresita del Niño Jesús y su Oblación al Amor Misericordioso

En la mañana del 9 de junio de 1895, durante la Misa de la Santísima Trinidad, la hermana Teresa del Niño Jesús tiene una súbita inspiración: debe ofrecerse como víctima de holocausto al Amor Misericordioso. Esta fuerte convicción se impone a su espíritu; apenas sale de la capilla, arrastra consigo a Celina, le expone brevemente su proyecto, y después de conseguir el permiso de la Madre Inés, redacta su acto de ofrenda, que pronuncia el 11 de junio, con su hermana Celina, arrodillada ante la imagen de la Virgen Santísima.

«¡Oh Dios mío, Trinidad bienaventurada!..., a fin de vivir en un acto de perfecto amor, yo me ofrezco como víctima de holocausto a tu Amor Misericordioso, suplicándote que me consumas sin cesar, dejando que desborden en mi alma las olas de ternura infinita que están encerradas en Ti, para que así llegue yo a ser mártir de tu amor, ¡oh Dios mío!...».

Este acto de ofrenda es como un resumen de toda su vida y de su caminito de infancia espiritual, en el que resaltan tres cosas: • ante todo *el amor* de Dios; • luego, *la confianza absoluta* en la misericordia de ese amor; • y, finalmente, *la paz y alegría interior* con que esa confianza en la misericordia de Dios hace aceptar la propia miseria.

1º Ofrenda al AMOR de Dios.

El primer rasgo de Santa Teresita es haber comprendido perfectamente el corazón de Dios. «Dios es Amor», dice San Juan (I Jn. 4 8). Tiene sed de ser amado y siente la necesidad de comunicarse y de ser correspondido. La perfección divina más ultrajada por el pecado, y que más busca reparación, no es la Justicia, sino el Amor: Amor que no es correspondido, Amor que es despreciado, pisoteado, olvidado. Nuestro Salvador sufre esa ingratitud durante su terrible agonía en Getsemaní y a lo largo de toda la Pasión.

Teresa lo comprendió profundamente, como también las palabras de San Pablo que dicen: «La caridad de Dios ha sido derramada en nuestros corazones por medio del Espíritu Santo que se nos ha dado» (Rom. 5 5). Y, por lo tanto, pide a Dios que quiera complacerse a Sí mismo, satisfaciendo en ella su sed infinita de ser amado.

«Este año, el 9 de junio, fiesta de la Santísima Trinidad, recibí la gracia de comprender más que nunca cuánto desea Jesús ser amado. Pensaba en las almas que se ofrecen como víctimas a la justicia de Dios a fin de desviar y atraer sobre sí los castigos reservados a los culpables. Esta ofrenda me parecía grande y generosa, pero estaba muy lejos de sentirme inclinada a hacerla.

¡Oh Dios mío!, exclamé desde el fondo de mi corazón, ¿sólo tu justicia recibirá almas que se inmolan como víctimas?... ¿No tiene también necesidad de ellas tu Amor misericordioso?... Si a tu justicia, que se derrama sólo sobre la tierra, le gusta descargarse, ¿cuánto más deseará tu Amor misericordioso abrasar a las almas, puesto que tu misericordia se eleva hasta los cielos?...

¡Oh, Jesús mío, sea yo esa víctima feliz, consume tu holocausto con el fuego de tu divino amor!» (Manus. A, 84 rº).

2º Ofrenda al Amor MISERICORDIOSO.

El segundo rasgo propio de Santa Teresita es el de ver en las propias miserias, no un obstáculo para entregarse al Amor de Dios, sino un motivo para ello. La razón es bien clara y alentadora: el Amor de Dios es «misericordioso».

«Sabes, Madre mía, que siempre he deseado ser santa. Pero ¡ay!, cuantas veces me he comparado con los santos, siempre he comprobado que entre ellos y yo existe la misma diferencia que entre una montaña cuya cima se pierde en los cielos, y el oscuro grano de arena que a su paso pisan los caminantes. Pero, en vez de desanimarme, me he dicho a mí misma: Dios no puede inspirar deseos irrealizables; por lo tanto, a pesar de mi pequeñez, puedo aspirar a la santidad. Crecerme es imposible; he de soportarme a mí misma tal como soy, con todas mis imperfecciones. Pero quiero hallar el modo de ir al cielo por un caminito muy recto, muy corto; por un caminito del todo nuevo...» (Manuscrito C, 2 vº).

«Para amar a Jesús, para ser su víctima de amor, cuanto más débil se es, sin deseos ni virtudes, tanto más cerca se está de las operaciones de este Amor consumidor y transformante. El solo deseo de ser víctima basta, pero es necesario consentir en permanecer siempre pobres y sin fuerzas, y he aquí lo difícil, pues “al verdadero pobre de espíritu, ¿dónde se lo hallará?”...

¡Ah!, amemos nuestra pequeñez; entonces seremos pobres de espíritu, y Jesús nos buscará y nos transformará... ¡Oh, cómo quisiera hacerte comprender, Madre querida, lo que siento!... La confianza, y nada más que la confianza, debe conducirnos al amor...» (Carta 197; ver también todo el Manuscrito B).

Una vez más, hemos de reconocer que Sor Teresa del Niño Jesús ha comprendido a Dios. Sus designios al crear el mundo no han sido otros que manifestar y glorificar su Amor, y su Amor en cuanto es infinitamente misericordioso. Por eso, ofrecer a Dios nuestras miserias es glorificarle, es complacerle, es ofrecerle una ocasión de manifestar el atributo de la Misericordia que tanto lo glorifica. Este es, además, el único medio de liberarnos de nuestras tenaces y múltiples miserias.

Esta miseria e impotencia reconocida y aceptada lleva a Teresita a apoyarse en Dios de manera audaz y osada: sabe que ella no es nada, pero también que su Jesús lo es todo para ella, y que puede apelar a los méritos de Jesús como si fueran propios. Por eso en su ofrenda habla así:

«¡Oh Dios mío, Trinidad bienaventurada, deseo amarte y hacerte amar, trabajar por la glorificación de la santa Iglesia salvando a las almas que están en la tierra y librando a las que sufren en el Purgatorio! Deseo cumplir perfectamente tu voluntad y llegar al grado de gloria que me has preparado en tu reino. En una palabra, deseo ser santa, pero siento mi impotencia, y te pido, ¡oh Dios mío!, que Tú mismo seas mi santidad.

Puesto que me has amado hasta darme tu único Hijo para que fuera mi Salvador y mi Esposo, los tesoros infinitos de sus méritos son míos; te los ofrezco gustosa, suplicándote que no me mires sino a través de la Faz de Jesús y en su Corazón abrasado de amor. Te ofrezco también todos los méritos de los santos, de los que están en el cielo y de los que están en la tierra, sus actos de amor y los de los santos ángeles. Por último te ofrezco, ¡oh bienaventurada Trinidad!, el amor y los méritos de la Santísima Virgen, mi Madre querida; a Ella le ofrezco mi ofrenda, rogándole que te la presente...

En la tarde de esta vida compareceré delante de Ti con las manos vacías, pues no te pido, Señor, que lleves cuenta de mis obras. Todas nuestras justicias tienen manchas a tus ojos. Por eso yo quiero revestirme de tu propia Justicia y recibir de tu Amor la posesión eterna de Ti mismo. No quiero otro trono ni otra corona que Tú mismo, Amado mío...».

3º PAZ y ALEGRÍA interior.

No basta creer en el amor de Dios, reconocer y aceptar la propia miseria, y abandonarse en su misericordia; es necesario hacerlo con paz y alegría interiores: «Porque el reino de Dios –dice la Imitación de Cristo– es paz y gozo en el Espíritu Santo». Ahí también, Santa Teresita es un modelo acabado de abandono.

«¡Oh Dios escondido en la prisión del Sagrario!, con alegría vengo a tu lado todas las noches, para agradecerte las gracias que me has concedido durante el día e implorar el perdón por las faltas que he cometido en esta jornada, que acaba de pasar como un sueño...

¡Qué feliz me sentiría, oh Jesús, si hubiese sido enteramente fiel! Pero ¡ay!, muchas veces por la noche me siento triste, porque veo que hubiera podido responder mejor a tus gracias... Si me hubiese mantenido más unida a Ti, y me hubiese mostrado más caritativa con mis hermanas, y hubiese sido más humilde y mortificada, me costaría mucho menos conversar contigo en la oración.

Sin embargo, ¡oh Dios mío!, lejos de desalentarme a la vista de mis miserias, vengo a Ti confiadamente, acordándome de que “no tienen necesidad de médico los sanos, sino los enfermos”. Te suplico, pues, que me cures, que me perdones, y me acordaré, Señor, de que el alma a quien más has perdonado debe también amarte más que las demás...